

Cada uno, de su padre y de su madre

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

En las relaciones personales se dan muchas tendencias, muchas inclinaciones de tipo afectivo, mucha acción y reacción. El vocabulario español clasifica las palabras que responden a estas empatías en varios grupos por medio de pares enfrentados, los que terminan en ‘-filo’ para las acciones de atracción y los que terminan en ‘-fobo’ para las acciones de rechazo. El elemento compositivo ‘-filo’ en el segundo segmento de la palabra significa de por sí afición, simpatía o tendencia; por ejemplo, ‘bibliófilo’, apegado a los libros, ‘anglófilo’, amante de lo inglés, ‘hemófilo’ o ‘hemofílico’, inclinado a derramar sangre, ‘necrófilo’ es el que ama a los muertos o siente placer erótico con los muertos. El elemento compositivo ‘-fobo’ significa de por sí aversión, rechazo a una persona; por ejemplo, ‘xenófobo’, es el que odia a los extranjeros, ‘hidrófobo’, tiene fobia al agua, ‘agoráfobo’, tiene fobia a los espacios abiertos, como plazas, avenidas, campo; ‘homófobo’ es el que manifiesta aversión hacia la homosexualidad o hacia las personas homosexuales; ‘acrófobo’ es fobia a las alturas en una persona, ‘claustrófobo’ es la persona que teme lo cerrado, ‘clerófobo’, que odia al clero, ‘fotófobo’, que no soporta la luz, ‘dismorfófobo’ podría ser el que teme verse cara a cara ante el espejo; el ‘aerófobo’ tiene miedo a volar.

Se puede hablar también del doblete de prefijos ‘anti-‘ y ‘pro-‘ en la parte primera de las palabras que hacen referencia a las personas. ‘Anticlerical’ es el enemigo del clero, (‘antidiluviano’ no es correcto porque sería contra y no antes del diluvio; debemos decir ‘antediluviano’). ‘Antinatural’, ‘anticonstitucional’ significan oposición. ‘Antiacademicista’ es el contrario a las normas académicas. ‘Anticomunista’ es contrario al sistema comunista. ‘Antideportivo’, el que no se ajusta a las normas deportivas, ‘antidemocrático’, contrario a la doctrina política según la cual el poder reside en el pueblo. ‘Antidisturbios’, el destinado a combatir los disturbios callejeros. ‘Antiimperialista’, el contrario al imperialismo, ‘antinuclear’, el contrario al uso de la energía nuclear, ‘antipático’, el que causa antipatía, ‘antípoda’, persona que habita en un lugar del globo terrestre diametralmente opuesto al lugar en el que habita la otra persona. ‘Antisemita’, enemigo de los judíos, su cultura o su influencia; ‘antiterrorista’, que tiene como objetivo la

erradicación del terrorismo. Los de Podemos y demás comunes ahora son ‘anticapitalistas’ con lo de peyorativo que tiene el término, y cuando ya creíamos que se había terminado el capitalismo, como se ha terminado el comunismo. ‘Antisistema’ es la persona contraria al sistema social o político establecido.

Por lo que respecta a ‘pro-’, que significa movimiento o impulso hacia adelante, nos encontramos con palabras como ‘proclive’ que es alguien inclinado a algo o a alguien, ‘pródigo’ es generoso, ‘productivo’ el útil, ‘progresista’ el avanzado en ideas, ‘promiscuo’ que mantiene relaciones sexuales con varias personas del mismo o distinto sexo, ‘propagandista’ que hace propaganda, ‘proselitista’ el que trata de convertir a otros, ‘prostituta’ persona que mantiene relaciones sexuales a cambio de dinero. Hay otras palabras que comienzan por pro- pero de las que no tenemos conciencia lingüística de tener un prefijo significativo; por ejemplo, ‘prole’ como procreador de hijos, porque los proletarios solo le interesan al Estado como procreadores.

El prefijo ‘súper-’ es muy utilizado en el lenguaje juvenil y coloquial, a veces con demasiada reiteración, para exaltar a alguien: ‘súper’, hombre muy bueno; ‘superguay’, chica muy interesante. Indica grado máximo: ‘superdotado, superfino, superligero, supersimpático, superclase, superego, supergigante, supervalorado, supervendedor, supermujer’. Lo contrario es ‘infra-’, que significa algo inferior; pongamos ‘infradotado’, alguien muy deficiente; o vivir en una ‘infravivienda’, muy mala.

La polaridad entre dos cosas se puede conseguir con prefijo cero frente a forma con un prefijo; por ejemplo, el prefijo a- como término marcado o negativo para indicar negación: ‘ateo, anoréxico, abstemio, analfabeto’ son lo contrario de religioso, hambriento, sobrio, leído. La preposición a- al inicio de palabra puede servir de rebaja en el cantidad de algún rasgo del individuo. No es lo mismo en cantidad ser tonto que ‘atontado’, ni manso que ‘amansado’, chispado que ‘achispado’, decente que ‘adecentado’, diestro que ‘adiestrado’, dolorido que ‘adolorido’, gacho que ‘agachado’, testado que ‘atestado’.

Con el prefijo ‘des-’ logramos otro grupo de palabras pares: persona ‘descosida’, activa en exceso, frente al cosido o recatado, ‘déspota’, que abusa del poder, frente a poderoso, que tiene poder; denotamos también carencia o privación: ‘desconfiado’ en vez de confiado; intensificamos en el coloquialismo ‘desinquieto’ frente a quieto.

Esta flexibilidad que tiene nuestra lengua para distinguir palabras con pequeñas modificaciones nos permite tratar con cuidado a personas sensibles. Hay gente ‘discapacitada’, la que padece una disminución física, sensorial o psíquica que la incapacita total o parcialmente para el trabajo o para otras tareas ordinarias de la vida. Pero no debemos decir

persona ‘incapacitada’, porque indica al fallo de capacidad o aptitud para hacer algo; en esta situación sobran las composiciones con la palabra normal, ni ‘anormal’, ni ‘subnormal’, sino ‘distinto’; apurando un poco más, no caben comentarios como ‘ya sabemos cómo es’, ‘el pobre bastante tiene’, ‘ha llegado un ángel a casa’ (palabras que tenía escritas antes de que se desahogara Andrés Aberástury); ni esos deseos de que sea niña o niño lo que viene, lo que importa es que ‘venga bien’. Por otro lado, no debemos tratar de ‘inútil’ a una persona, sino de ‘imposibilitada’ o ‘impedida’. Ni calificar al niño de tonto, sino de ‘distraído’. Ni calificar a un alumno con un ‘suspenso’, sino con ‘no apto’. Ni hablar de ‘retrasados’ sino de ‘atrasados que progresan adecuadamente’. Ni ‘discriminar’ a nadie por determinadas cuestiones; evidentemente debemos cuidarnos de ‘incriminar’ a alguien si no es con auténticas razones; ni de decirle ‘impresentable, indecente, inmovilista’ si no es con argumentos sólidos. Debemos saber que una persona ‘imbécil’ lo es por débil, no por fastidiosa. Se dijo que la actuación de la UDEF en casa del alcalde de Granada fue ‘intrusiva’, es decir, propia de forajidos, sin derecho. Hoy día se habla de educación ‘inclusiva’; antes se hablaba de educación igualitaria y no ‘diferenciada’, refiriéndose a los tontos o a los ricos respectivamente. ¿Dónde están las políticas de ‘integración’ de alumnos? ¿Admitiremos que haya alumnos gitanos como estudiantes ‘distintos’? ¿Habría que tratar sobre la comunidad gitana en ‘exclusión’? Ya decía Mariano Medina, el del tiempo, que qué se hacía en casa con un hijo atrasado o tonto, porque los listos se abrían paso por sí solos.

Es evidente que no todos somos iguales. El mundo sería muy aburrido.

La ruta urbana Elvira-Plaza Nueva

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

La puerta Elvira majestuosa y almenada, sostenida por las casas colindantes, mira quieta y abierta a todo el que quiera entrar. En este momento entran varios arrieros. Otras reatas de burros están descansando en la plaza, después de una larga jornada desde Medina Elvira. Puerta de arbitrios, puerta de la seda.

La calle Elvira corre paralela a la Gran Vía. Era la calle principal del Bajo Albaicín, la primera calle ancha que huía de las estrecheces. Sus casas tienen fecha grabada en piedra, 1884. A comienzo de calle encontramos el pilar de Elvira, en realidad un abrevadero de bestias alargado y bajo. El frontal acoge en su parte superior una hornacina con tejadillo, balconcillo y unos farolillos típicos; dentro la estampa antigua de la Virgen de las Angustias. Después la iglesia de san Juan de Dios. Delante de nosotros lo que queda de un san Andrés tapiado, con su portentosa fachada de piedra y su torre mudéjar. La oración de ‘San Andrés, ora pro nobis’ debe cambiarse por la de ‘Sante Andrea, ora pro templo tuo’. Abundan los balcones. Algún que otro mirador de madera. Abundan los toldos. Las casas tienen portales de madera lisa y claveteada. Encontramos también otra iglesia, la de hospitalicos, donde la santa Rita, fachada renacentista de Alonso Cano, antes flanqueada de un plátano, después de una palmera, hoy de matas asilvestradas. Al final de la calle estaba el Pilar del toro, donde beben los cristianos, con figuras de toro y aguadores exentas.

Los turistas dicen que es una calle típica, parecida a las que pueden encontrar en Tánger o Marrakech; donde se pueden degustar té morunos, pastas típicas; se pueden comprar recuerdos marroquíes. Otros dicen que aquí se toman muchas tapas, muy abundantes, y que ya te vas comido. Otros dicen que está muy sucia, estilo Malasaña de Madrid; muchos grafitis; algún grafiti desaparecido decía ‘al pasar la calle me dijo el cochero yo ni pito ni freno’, recordando al cantante Juan Luis Guerra. Conforme se va aproximando a su encuentro con Plaza Nueva, la calle Elvira parece animarse cada vez más, llenándose de amenos bares de tapas, atractivos pubs y pequeños establecimientos y negocios de lo más variopinto (pizzerías, kebabs, anticuarios, carnicerías halal, tiendas

de suvenires orientales). A cualquier hora del día o la noche, Elvira se presenta como el reino de los estudiantes, los curiosos, los hippies y los bohemios, mostrando ese extraño aire, tan suyo, de anciana calle llena de historia y leyenda, pero al mismo tiempo tan volcada a la juventud, observa Cantos Bautista. En algunas guías de conversación para la enseñanza del español se puede leer que en la placeta san Gil se vende droga. El que las vende a partir de las seis de la tarde está de pie junto al quiosco con una pierna levantada sobre un hito de hierro. Parece que este punto de venta se ha desplazado a otro sitio.

Acodado al balcón veo venir a Mariana Pineda camino del garrote vil dirección salida hacia el arco de Elvira. Veo que vienen dos burros y su arriero gorra en la cabeza con las angarillas llenas de melones y otras frutas. Veo venir una carroza de entierro camino de Santa Ana y de la cuesta de los chinos, con trotar cadencioso sobre el adoquinado y rodeado de los veleros de la placeta La Sillería. Veo venir una pareja de gente anciana, ella con refajo y él con el camisón de los quesos manchegos. Veo venir una lavandera camino del Darro, lebrillo en lo alto de la cabeza. En la calle juegan tres zagalones al churro pico terna, tres movimientos con golpes. De pronto aparece en el recuadro de la calle el Cristo de los Facundillos, flores, palmas y capirotos blancos; mucha gente en fila de a dos. Parece que es domingo de resurrección. Y la iglesia de san Gil y santa Ana está ahí, delante de mí. Me veo en mi despedida de soltero, antes de iniciar la aventura amorosa de la vida. Huele al anís con pasas de la taberna Elisa, se oyen las voces de los vinateros en el Córdoba Bar jugando a las cartas en la trastienda. Un tabernero con mandil sale del bar Ninguno y entra en el bar Casa de todos, ¡qué contraste, qué guerra de nombres! Dos arrieros salen de la bodega Castañeda y entran en la talabartería; están también las bodegas Espadafor y la Florida. Una mujer sale de arreglar unos zapatos en la Rápida. Calle de almireceros, caldereros, cuchilleros, silleros, abarqueros, leñadores, zapateros y otras profesiones. Modernamente la calle de los anticuarios. Antes oía los ruidos, ahora los coches y las despedidas de solteros borran mis sensibilidades.

En la calle Elvira, decía Lorca, viven las manolas, las que se van a la Alhambra, las tres y las cuatro solas. Mujeres maduras y vestidas de luto. Sayas, mandilón y capa, la cabeza cubierta de un pañuelo negro. Caminamos con ellas hacia la plaza en que desemboca la calle.

Estamos en la plaza y el corazón se ensancha, se libera de cornisas y balcones. Plaza Nueva, tierra en el suelo, hombres con sombrero paseando, hombres con terno y capa junto a descamisados con sombrero de paja y bastón. Dos quioscos y una fuente redonda. Santa Ana al fondo, sin sus guardianes cipreses. En la calle lateral varios jinetes a caballo se mueven. La veo con dos hileras de árboles y sombras redondas bajo las copas, las tres tazas de la fuente acanalada en el centro, a pleno sol de mediodía sin

un alma en la plaza. Veo al tranvía dando vueltas a su alrededor camino de la delicada calle La colcha. Por momentos la veo llena de terrazas de bares. ¡Cuántas caras tiene esta plaza! Hasta esta plaza ha emigrado el Pilar del Toro. Lo trasladó Gallego Burín y es obra de Diego de Siloé. El edificio de la Chancillería, de piedra y eterno, nos mira con ínfulas renacentistas, tímpanos partidos y diosas encaramadas. Lo más importante de la plaza son sus vistas. La iglesia mudéjar de San Gil y Santa Ana, la Torre de la vela exhibiendo gentes y banderas, el bosque de la Alhambra, el pretil del Darro, las casas salientes de la placeta de la Miga, las Torres bermejas, el Sacromonte al fondo poblado de chumberas.

Y yo con esta barba blanca.

¿Hablan las mujeres igual que los hombres?

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Algunos lingüistas ahondan en las diferencias lingüísticas entre el hombre y la mujer. En Vertientes y Tarifa (Granada), en los años cincuenta, según Gregorio Salvador, las mujeres eran conservadoras en el habla y los hombres reformadores. Lo que descubrió, dice Dorothy Risell, fue que había diferencias desde un punto de vista geográfico y no desde las capas sociales. En efecto, aunque los hombres habían adoptado la pronunciación andaluza casi sin excepción y pronunciaban la *d* intervocálica, ‘cuidao’, sólo para imitar el lenguaje culto, las únicas mujeres que tendían hacia estos rasgos eran las más jóvenes. Estas mujeres jóvenes pronunciaban la ‘*s*’ sólo esporádicamente, eran yeístas y empezaban a no distinguir entre *l* y *r* finales de sílaba, en ‘barcón’. En cambio, las ancianas únicamente perdían la /*s*/ final ante oclusiva sonora, ‘labbestias’, distinguían entre /*l*/ y /*r*/, ‘balcón’, y no eran yeístas. Los hablantes femeninos de todas las edades conservaban la /*d*/ intervocálica, ‘cuidado’, en contraste con lo que hacían los hombres. En resumen, el estudio de Salvador confirmó que en dos pueblos andaluces de transición hacia otras regiones las mujeres mayores eran mucho más conservadoras que los hombres cuando se trataba de adoptar nuevas variables fonéticas.

Alvar nos ha dicho que en La Puebla de don Fadrique (Granada) las mujeres abrían más la vocal del diptongo, ‘azaite’ por aceite; que los hombres pronunciaban la *d* intervocálica, mientras las mujeres la omitían, ‘cuidao’; que las mujeres no eran yeístas y los hombres sí, ‘gayina’; que las mujeres conservaban la *s* del plural, mientras los hombres la aspiraban, ‘lohdiñteh’; que en grupos de palabras la mujer modificaba así: ‘loscientés’, mientras que entre los hombres era otra la modificación: ‘loddiente’; que las mujeres tenían usos léxicos y morfología verbal arcaizante, ‘vide’ por *vi*. Matiza Dorothy Risell, que existen contradicciones: en La Puebla las mujeres pierden la *d* intervocálica, ‘cuidao’, y en la ciudad de Panamá no; en la “Andalucía de la *e*”, Alameda (Málaga), Motril (Granada), el cambio a plurales, ‘gayine’, o a terminaciones en *e* por *al*, ‘palmeré’, estudiado por Alvar, se da en las mujeres y no en los hombres; en zonas de ceceo la mujer tiende al seseo por complejo lingüístico y el hombre no.

Considerando en conjunto los resultados de Alvar y Salvador, parece que en muchas comunidades del mundo hispanohablante las mujeres no progresan con tanta rapidez como los hombres hacia las modificaciones

modernas. Pero el único estudio que ha tomado en cuenta los registros formal/informal, el de Fontanella en 1973, demostró que la mujer articula la 'ese' más que el hombre en los registros formales, aunque la elide, pero no tanto como los hombres, en el registro informal. Tampoco queda claro el valor de la pronunciación fuerte de 'ch' entre hombres frente a la suave femenina en Valdivia (Chile), aunque la suave esté adquiriendo prestigio local en la ciudad de Panamá. Observa Patricia Nichols que, en sociedades tradicionales, es probable que las mujeres sean más conservadoras en el habla que los hombres, pero que pueden ser más innovadoras en grupos con más movilidad social. Es decir, la mujer es conservadora porque no sale de su entorno, pero si eleva su preparación es innovadora. Hoy día se podría afirmar que la mujer es más avanzada en 'moda lingüística' que el hombre, utiliza más que el hombre el conector 'a ver'.

Dice en un estudio reciente Pilar García Mouton que el timbre de la mujer es más agudo y el del hombre más grave; pongamos por caso el de Teresa Rodríguez de Cádiz o María José López de Cetursa frente al de Frank Sinatra. Añade que la mujer pronuncia de forma cuidada y el hombre descuidada, por ejemplo, Carmen Lomana. Que la mujer se inclina por el habla menos dialectal y el hombre al revés. Que la mujer elige unas palabras características: es muy 'mono', y el hombre dirá: es muy 'bonito'. Que cada uno, hombre o mujer, hablan de temas diferentes, el hombre de fútbol y la mujer de ropa. Que la mujer prefiere el eufemismo y el hombre el disfemismo. El habla femenina es menos oficial, más íntima. En el proceso del discurso la mujer manifiesta mayor expresividad y menor seguridad que el hombre. Todo esto lo afirma Mouton tanto desde un punto de vista dialectal como sociolingüístico, es decir, en lo geográfico y en lo social.

Dentro de la categoría de los adjetivos calificativos, dice la rusa Zernova, las mujeres tienden más a los calificadores puramente apreciativos, los adjetivos del tipo 'bueno, malo, bonito, feo, precioso, magnífico, estupendo, horrible'. Por regla general, las mujeres son más emocionales y expresivas en su conducta lingüística en comparación con los hombres, poniéndose ello de manifiesto en la predominancia de diversas formas del elativo en el habla femenina, en la elección de los sufijos apreciativos y en el empleo de lexemas de carácter expresivo. Calificadores expresivos como 'maravilloso, fantástico, precioso, estupendo, terrible, fatal' figuran en el lenguaje de las mujeres con una frecuencia casi superior al 50% con relación a los varones. Es mucho más propio de las mujeres el duplicar los semas elativos: 'muy traviesillo'; la reiteración: 'rapidito rapidito'; la acumulación: 'mucho muy duro, completamente horroroso'. El habla femenina se caracteriza por una mayor cortesía en comparación con la masculina; de ahí que sorprenda la respuesta de la Pedroche referida al higo en la noche de las transparencias;

de ahí que me sorprenda que algunas de mis alumnas no paran de exclamar 'cojones con el profesor'.

En conclusión, ¿se puede hablar de una gramática femenina? Está ya hecha. Nada menos que por Ángel López y Ricardo Morant (1991). En este trabajo se analiza el diferente comportamiento comunicativo de mujeres y hombres, tanto en los aspectos no verbales como en el habla y en la escritura (uso de interjecciones, vocativos, eufemismos...). En este contexto se estudian de manera monográfica las diferencias entre uno y otro sexo en los insultos, en los piropos, en los anuncios por palabras, en las estrategias de seducción. Finalmente, los autores proponen una "gramática de las mujeres" que incorpore "el conjunto de rasgos lingüísticos que se dan en el habla de las mujeres por oposición a la de los hombres".

Para Manrique es inviable una gramática femenina. Otros lingüistas manifiestan que es falso y aun absurdo afirmar que una gramática tenga sexo o que una gramática tenga una ideología. Aun si esto fuera cierto –que no lo es– no es labor del lingüista acomodar un uso a una estructura gramatical o hacer juicios morales sobre la ideología de la gramática. Y aun si el lingüista debiera hacer juicios morales, no sería posible ni deseable forzar los cambios mediante reglas que afecten al uso de la lengua. Las personas son libres y la lengua también lo es.

El nombre popular de la gente

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Además del gentilicio común dado a las gentes de cada pueblo o ciudad, formado sobre el topónimo, existen otros populares en los que se recogen características, defectos o valoraciones negativas de los habitantes en cuestión. Empecemos por los más generales y sin localización específica. 'Maqueto' es el nombre que recibieron las personas que emigraron desde otras regiones de [España](#) a [Vizcaya](#), y en general al [País Vasco](#), a partir del último tercio del siglo XIX. 'Gachupín' es el nombre dado por los indígenas mexicanos a los españoles a partir de la conquista de México. 'Coño' son los españoles en Chile, por el abuso que hacen de esta expresión. 'Gringo' es un término usado regionalmente en algunos países hispanoamericanos para hacer referencia a aquellos hablantes de lenguas europeas consideradas inentendibles para el hablante hispano. 'Godo' es el nombre con que se designa en Canarias al español peninsular. 'Charnego', la persona que ha emigrado a Cataluña procedente de una región española de habla no catalana. 'Chicano' es un acortamiento de la palabra mexicano y puede referirse a un [ciudadano estadounidense](#) de origen [mexicano](#) o a una persona nacida en Estados Unidos de origen mexicano. 'Gabacho' es una voz genérica y casi siempre peyorativa para referirse a nuestros vecinos franceses. La Real Academia de la Lengua Española la define de la siguiente forma: "natural de algún pueblo de las faldas de los Pirineos". Ya en siglo XVII, los españoles llamaban gabachos a los inmigrantes procedentes de unos pueblos franceses que lindaban con la provincia de Narbona y que desempeñaban los trabajos más ingratos. A los franceses también les llamamos despectivamente 'franchutes'. 'Tano' en el español rioplatense se les denomina coloquialmente (en lugar de 'italiano') a los habitantes y naturales de Italia o descendientes de italianos. 'Fuleros' son los andaluces para los otros españoles, con el significado de falsos, embusteros. 'Polacos' llaman los españoles que viven en Cataluña a los catalanes. El 'Gallego', en Argentina, Colombia y Uruguay, es la persona nacida en España o de ascendencia española. El 'guiri' es el turista extranjero. El 'llanito', el natural de Gibraltar.

El 'maño', natural de Aragón. El 'maragato', natural de la Maragatería, comarca de León, en España. 'Paletto' o 'cateto' es la persona rústica y sin habilidad para desenvolverse en ambientes urbanos. 'Payo' llaman los gitanos a quienes no pertenecen a su pueblo. 'Sudaca', el natural de Sudamérica. Según el poeta E. B. White, para los extranjeros, un 'yanqui' es un estadounidense. Para los estadounidenses, un yanqui es un norteamericano. Para un norteamericano, un yanqui es del este. Sin embargo, para uno del este, un yanqui es de Nueva Inglaterra. Para los de Nueva Inglaterra, un yanqui es un vermontés. Y, en Vermont, un yanqui es aquel que come pastel en el desayuno. 'Espalda mojada' es el emigrante mexicano en Norteamérica, por pasar a nado el río Bravo. 'Pies negro' es el ciudadano de origen europeo que residía en Argelia y que se vio obligado a salir de ese país tras la independencia en 1962. 'Moro' el natural de África septentrional, la antigua Mauritania del Imperio Romano, de donde procede el nombre. 'Manito', natural de México, por la reducción de hermanito. 'Chicharrero', el de Tenerife, mientras que el de Gran Canaria se llama 'canarión'. Los del archipiélago son 'canarios' en alusión a los perros (el canis latino) que abundaban en las Islas.

Veamos ahora los nombres populares vinculados a un pueblo. 'Aullones' son los de Cazorra (sitio de sierra donde aullan los perros). 'Bacines' los de Úbeda (por hacerlos de barro). 'Bambollas' los de Baeza (por lo del señorío caduco de sus gentes). 'Cornachos' los de Campillo de Arenas (por la hoz pequeña de recoger espárragos). 'Culipardos' los de Marmolejo (por dedicarse a la alfarería). 'Cuquillos' los de Noalejo (por la caza de la perdiz). 'Desculado o culiseco' los de Valdepeñas de Jaén. 'Jarricas' los de Andújar (por dedicarse a fabricar jarras). Los de la tierra del 'ronquío' a los naturales de Jaén (por la pronunciación de la j del español estándar en vez de la aspiración suave típica de la Andalucía del Guadalquivir vecina). 'Periches' los de Los Villares (por las huertas del pueblo). 'Pericos' los de Castillo de Locubín (también 'hortelanos'). 'Picantotes o refajones' los de Torres (por la comida, por la ropa). 'Hebreos' los de Los Cascales. 'Matutero', natural de Linarejos. 'Pescaorri de Puerta de Segura. 'Pintero' el de Siles (por la sierra). 'Poyato' el de Segura de la Sierra. 'Rabudo' el de Orcera. 'Tonto' el de Hornos. 'Zarzalero'

el de Bujaraiza. 'Horniyero' el de Santiago de la Espada. 'Barrigueta' el de Cazorla.

En Granada, los de Alquife se llaman 'trompúos'. Los de Lanteira 'cabilas', que significa desarreglados. Los de Huéneja 'loberos', domesticadores de lobos. Los de La Calahorra 'zopaz' por su ceceo. Los de Dólar 'doloríos'. Los de Aldeire son 'de la casta Benabre'.

Los apodos son habituales en Aragón; es muy rara la población que carece de él. En la práctica sustituye al gentilicio que se usa con menos frecuencia. Su origen es muy diverso: alguna historieta real o imaginada ('socarracristos', de Bierge; 'furtasantos', de Javierrelatre); un oficio característico del pueblo ('pelaires', de Albarracín; 'relojeros', de Lascellas); alusivos a la pobreza u otra cualidad de la tierra ('miserables', los de Abi; 'estripamardans', los de Bisaurri); a supuestas cualidades morales ('judietes', los de Alcañiz; 'malosvinos', los de Banariés); a nombres de animales ('esquiruelos', los de Buisán; 'raposos', los de Osia). Los de Miranda de Ebro llevan el ápodo de 'ferroviarios' debido a la cultura ligada al ferrocarril desde la segunda mitad del [siglo XIX](#).

El gentilicio es motivo de chanzas y piques entre municipios algunos de los cuales son tan incomprensibles como enconados. Términos extraoficiales que son, en realidad, afrentas de rivalidades seculares. Es el caso, en la provincia de Córdoba, de 'chuscarrao' que es como se llaman los habitantes de Fernán Núñez y Montemayor entre sí. O 'manano' que es el peyorativo con el que un egabrense llama a un lucentino. O 'aldeano', que es como un montoreño llama a un 'villarrense' cuando quiere tocarle la moral. En Almería llamaban peyorativamente 'jabegotes' a los del barrio de pescadería porque antiguamente pescaban en unas embarcaciones llamadas jábegas, como me recuerda el prof. Torres Montes; y los almerienses han sido conocidos como 'legañosos' por la epidemia en la costa del tracoma, infección de la conjuntiva ocular que produce abundantes legañas y secreciones.

La vida en pareja de las palabras

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Decía el lema de los Reyes Católicos: “Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando”. El verbo ‘montar’ tiene el significado de equivaler, es decir, que Isabel y Fernando eran iguales en poder y autoridad, que los reyes eran una pareja de iguales, que no eran reina y rey consorte, como en Inglaterra, ni rey y reina consorte, como en Noruega, sino reyes los dos, porque lo habían sido en sus respectivos reinos y porque al casarse lo fueron de los nuevos reinos. La historia, sin embargo, dice que la camisa, o los pantalones, los llevaba ella y se nombraban por el orden de Isabel y Fernando. Se trata de los fundadores de la España moderna. Ellos adoptaron ese orden de preferencia, mientras que observamos un orden de deferencia en las frases ‘la reina y yo’, ‘la princesa y yo’ de los monarcas españoles actuales. En el caso español, el casamiento hace reyes a los dos, uno por herencia, otro por contrato.

Se trata de parejas de personas casadas con una función representativa. Pero la pareja clásica es el conjunto formado por hombre y mujer, sin más, como aparecían en el carné de identidad: las siglas V en el caso del hombre y M en el caso de la mujer; ahora dicen ‘sexo M/sexo F’. La pareja ‘varón/mujer’ está formada por dos palabras que no representan seres contrarios; aquí empieza el desconcierto: el diccionario de sinónimos de Espasa dice que el antónimo de ‘varón’ es ‘hembra’, que mujer no tiene antónimo, que ‘señora’ es sinónimo de ‘mujer’; el diccionario de Microsoft señala que el antónimo de ‘varón’ es ‘señora’. Ya tenemos tres parejas de palabras para denominar a la pareja: ‘varón/mujer’, ‘varón/señora’, ‘varón/hembra’. Curiosamente la variación siempre se produce en el segundo elemento. ¿Es que no sabemos cómo llamar a la mujer? ‘Varón’ en su acepción general, es persona de sexo

masculino, pero está asociado a la acepción 'hombre de respeto'. Por lo que se refiere a su correspondiente 'mujer', dice el DRAE que es persona de sexo femenino; de 'señora' en parejas con 'señor' dice que es persona respetable que ya no es joven, lo que lo liga a la edad; de 'hembra' lo iguala a 'mujer' pero lo liga a animal de sexo femenino. El hablante extranjero dirá 'señor' por traducción del 'sir'. Ante las cuatro posibilidades de denominación de la pareja, la administración ha eliminado 'señor/señora' quizá por evitar la asociación con la dignidad; ha eliminado, también, la pareja 'varón/señora' (que serían las equilibradas) para evitar la asociación con la edad; no ha aceptado la pareja 'varón/hembra' por el desprestigio de la palabra femenina (ni por supuesto 'macho/hembra', por corresponder a acepciones de animal); finalmente, se ha quedado con la pareja 'varón/mujer'. No ha pensado en la pareja 'hombre/mujer' de la Biblia, porque la Academia dice que 'hombre' vale para los dos, para hombre o para mujer. Existe la posibilidad de la pareja de nombres 'varón/varonesa'; lo que pasa es que 'varonesa' es un nombre anticuado y en nuestro subconsciente está asociado a 'baronesa', que es una dignidad. Vemos cómo la Administración y el pueblo buscan cosas iguales. En esa búsqueda de términos que reflejan las nuevas realidades, la administración pensó y estableció la pareja 'progenitor A/progenitor B', términos demasiado técnicos y además contradictorios, porque no todas las parejas son progenitoras como lo serían 'padre/madre'.

Observo que la sociedad actual tiende a la semejanza de dos, a la paridad entre dos e incluso a la igualdad de los dos. Mientras llega eso, tratemos ahora de las parejas casadas, las parejas que mediante un contrato público se esposan. La pareja de palabras 'esposo/esposa' se introdujo en la primera época de nuestra lengua, hace mil años. 'Esposo', dice Corominas, significaba al principio prometido, después cambió a marido. 'Esposa' ha significado siempre mujer casada en castellano, portugués y rumano; en los demás romances, solo 'mujer' y las restantes acepciones las han tomado 'fémina' en francés y 'dómina' en italiano. Por lo que respecta a la forma, no han evolucionado en nuestra lengua, tienen casi la misma forma que en latín. En cuanto al sentido, existe una clara diferencia entre el español 'mujer' y el americano 'esposa' para designar a

la mujer casada respecto a su marido. En el Poema de mío Cid se introduce la noble palabra 'mujer' en nuestra lengua. Pero en América este uso se considera poco respetuoso; los americanos prefieren decir: "mi señora, mi esposa, mi señora esposa". Lo mismo se puede decir respecto a la pareja 'marido-esposo', marido en España, esposo en América. Está claro que las palabras de cada pareja no son antónimos entre sí, es decir, no expresan ideas contrarias, ni siquiera pares porque no son iguales, ni siquiera opuestos complementarios, como podrían ser 'cara/nuca', 'pecho/espalda', a pesar del dicho coloquial "media naranja", marido o mujer, uno respecto del otro, sobre todo porque son dos y no uno.

Podemos tomar la perspectiva de cada uno respecto al otro; la mujer suele decir 'mi marido' en la ciudad, 'mi hombre' en algunos pueblos, 'mi esposo' en registro culto, 'mi pareja' en el habla moderna; y nunca dirá 'mi señor', 'mi varón', 'mi macho'; por su parte el hombre dice 'mi mujer' en registro estándar, 'mi esposa', 'mi señora' en registro enfático, 'mi parienta' en registro coloquial, y nunca dirá 'mi hembra', 'mi fémina', 'mi dueña'. Si hablamos de jóvenes, el argot juvenil aconsejará 'mi chico/mi chica', 'mi novio/mi novia' o amigovio/amigovia para parejas que ya se rozan; si no, está lo de 'amigo/amiga'. Hoy se recurre al término 'pareja' para los dos. Pero una pareja no puede ser al mismo tiempo dos personas y una de las dos con respecto a la otra. Si los miramos desde fuera la pareja es conjunto de dos personas y, al mismo tiempo, cada una de estas personas, lo que no va con las matemáticas.

El orador comienza el discurso con 'señoras y señores'; en el teatro se dice 'damas y caballeros', la función va a comenzar; en la boda se oye 'consorte' o 'cónyuge' para los dos; cuando escribimos una carta a un colectivo de personas, la encabezamos 'compañeras y compañeros'; los informáticos han inventado la arroba en 'compañer@s' para no diferenciar géneros; los comunistas hablan entre sí de 'camaradas', los socialistas de 'compañeros/as', los de derechas de 'amigos/as', los universitarios de 'colegas'. Las puertas de los servicios rotulan 'señora/caballero'; en las tarjetas de invitación recurrimos a 'José María y

señora'. En el argot juvenil, aparece 'tío/tía', reducido a veces a 'tío' para los dos.

La pareja por antonomasia en España es la pareja de la guardia civil.

Maestros de las letras de ayer y de hoy

José María Becerra Hiraldo
Catedrático de Lengua española

Si reflexionamos sobre nuestra tierra, si la pensamos, sacaremos la conclusión de que vale por su arte (léase Alhambra) y por su escritores (léase García Lorca). Lo digo sin miedo a hablar del valor económico de la cultura. La Alhambra reconstruida en un 90 por ciento, envuelta en renacentismo, en misticismo, en barroquismo, en romanticismo, en modernismo es el monumento más visitado de España. Por ahí dicen que los poetas le sientan bien al sur; también hay novelistas, dramaturgos, ensayistas. Y también hay maestros de las letras. Vamos, una tierra culta por naturaleza.

Han pasado ya 106 años del nacimiento del maestro más ilustre, más señero, más clarividente de nuestras letras. El que pensó las trazas del museo de Bellas Artes en el palacio de Carlos V. El que explicaba prolijamente la poesía del Boscán, la venida de Garcilaso. **Emilio Orozco Díaz** fue el investigador más excelso, el divulgador más encendido de los escritos y de las poesías de san Juan de la Cruz. Además de barroco, hombre de su tiempo, fue el que llevó a los estudiosos a los textos de Lorca, quien inició en Granada las investigaciones sobre la obra de Lorca. Fue la cara liberal, el intelectual valiente que presentó el año 1962 a Francisco Ayala (los dos con bigotito, los dos con gran carga ética en las espaldas) a la sociedad española y a la sociedad andaluza en particular.

Todavía faltan vítores para otros eximios profesores de mi área de conocimiento y de mi círculo de conocidos. **Gallego Morell** ya los tiene, pero no se habla del que rehabilitó el Hospital Real y le dio oficio y beneficio, cosa que algunos rectores posteriores están desdibujando. No se habla de él como creador de las universidades de Málaga, Almería y Jaén. No se habla de él como creador de la universidad de verano en Baeza, Almuñécar y Motril; universidad casi pionera en España, junto a la de Santander y Jaca, y que ha dado lugar a la Universidad Internacional de Andalucía.

Jacinto Bosh Vila, el exaltador de lo árabe, maestro de nuestras arabistas a quien se le hizo un homenaje en 1991. El arabista **Emilio García Gómez** que, incluso muerto, quiere ser árabe mandando ser sepultado mirando a la Meca. Unidos a él están los próceres de la Alhambra y de lo árabe, **Gómez Moreno, Torres Balbás, Bermúdez Pareja, Joaquina Eguaras, Darío Cabanelas, Seco de Lucena** y, sobre todo, el de debajo de la página, **Emilio**, arabista, discípulo y prácticamente hijo adoptivo de Emilio García Gómez, alumno de Joaquina Eguaras. De Santiago ha dedicado los últimos 30 años de su vida al mundo de Al-Ándalus, un mundo que, según explica, no era tan idílico como se cuenta. (Este texto data de hace tres meses).

Lens Tuero, famoso decano y helenista, el iniciador del campus de Cartuja. Los malogrados **Marín López** y **Fernández-Sevilla**, que preparaban en 1985 los temas del español y de la literatura hispanoamericana para la fecha del 1992. No se puede olvidar uno de **De Molina Redondo**, el conseguidor de todas las cátedras de Lingüística General de España. De **Sánchez Trigueros**, quien ha fundado, junto con el granadinista **Jenaro Talens**, toda la teoría literaria en la España reciente, quien ha marcado a Granada con el estigma del teatro internacional. **Alvar, Salvador y Llorente** fueron los que promocionaron lo andaluz en el mundo a través del atlas lingüístico etnográfico de Andalucía, que dio pie a todos los atlas lingüísticos de nuestra lengua. **Mateu Mateu**, la catalana distinguida en estudios paleográficos. El imaginero intelectual granadino **Sánchez Mesa**.

También debemos destacar a **Juan Carlos Rodríguez**, apodado el gurú, que en su momento promocionó una literatura española distinta en toda España y ahora está cada vez más aislado.

Todos los alumnos Erasmus que nos vienen de Europa tienen una deuda con **González Lodeiro**, el que promovió en nuestra universidad el sistema Erasmus cuando era vicerrector y le dio a la universidad su cariz internacional.

Una de las actividades más importantes de nuestra universidad es la de enseñanza de español para extranjeros. En nuestra ciudad hay funcionando diversas y antiguas escuelas de lenguas modernas. El primero que las inició fue **Joaquín Bosque**, a pesar de ser de Geografía.

Nuestra universidad se vanagloria de tener la Facultad de traducción e interpretación más antigua y más importante de España. El corte de notas para ingresar está por las nubes. Esta facultad fue primero escuela de comercio, escuela de idiomas, escuela de traductores. Al frente de toda esta trayectoria estuvo el prof. **Juan Antonio Rivas**, hombre marginado y escondido en su logia. Los de la Facultad tardaron en enterarse de su muerte y tuvieron que preguntar quién era.

Nadie mejor que **Cándida Martínez** que nos vino de Almería y nos revolucionó a los de acá en eso del Instituto de la Mujer, exportado después a toda España, para demostrar la clarividencia de las personas. Ni la universidad ni la sociedad están ahora como lo estuvieron antes de llegar ella. Igualmente en Jaén se recuerda a **Alfonso Sancho**, inolvidable profesor de la Escuela de Magisterio y del Instituto ‘Virgen del Carmen’, que a su jubilación en los últimos años fue profesor emérito dirigiendo varias tesis doctorales en la Universidad de Granada.

Nuestra universidad es pionera en descubrimientos prehistóricos y metodología de excavaciones y comprobación de restos. El pionero fue el profesor **Arribas Palau**. En Jaén hay que admirar la labor de **Arturo Ruiz**, discípulo del anterior y destacado descubridor de restos ibéricos.

Otros egregios maestros de nuestras letras son **Antonio Marín Ocete**, [catedrático](#) de paleografía y [rector magnífico de la Universidad de Granada](#) durante casi quince años. A él se debe el edificio majestuoso de la Facultad de medicina hoy abandonado. **Juan Sánchez Montes**, catedrático de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Granada. Especialista apasionado de la historia del emperador Carlos V, fundador de nuestra universidad. **Sebastián Mariner Bigorra**, lingüista y latinista afamado, que ocupó las cátedras de Filología Latina en las Universidades de Granada y Complutense de Madrid.

La muerte y el muerto

José María Becerra Hiraldo

Catedrático de Lengua española

A mi compañero de página, que podría confirmar ahora estas ideas.

A veces preferimos decir en abstracto: ‘hubo diez muertes’, que contar que ‘sacaron diez muertos’. La ‘muerte’ es algo inmaterial, el ‘muerto’ es algo corporal. Hemos acudido a la marca de género para distinguir dos mundos. Los terminados en –o frente a los terminados en –e. Estamos jugando con el tránsito de lo material a lo inmaterial, de lo concreto a lo abstracto, de lo sensitivo a lo intocable. Hay mujeres que se llaman ‘Tránsito’, recordando a la advocación de María que no murió sino que fue asumida o introducida en la vida inmaterial. Parece ser que todos tememos el tránsito, el último momento porque es doloroso, es prolongado, es agonioso en lo corporal, al tiempo que es incierto, es tenebroso en lo conceptual. Lo que está claro es que es término de la vida actual, es el último momento de la duración o existencia de algo. Llegamos a hablar de ‘trance’, último estado o tiempo de la vida próximo a la muerte; así llegamos a decir: ‘trance postrero’, incluso, ‘trance mortal’, a veces, el ‘último trance’. Trance nos recuerda a paso de un sitio a otro. Parece que el sitio venidero es peor que el actual. Nadie quiere darlo. La cultura occidental habla de las postrimerías del hombre, de los últimos momentos de la vida; lo que se llama ‘novísimos’, no de nuevo sino de lo más cercano, de lo último en el orden de las cosas. Los novísimos son cuatro, como cuatro son las últimas situaciones del hombre, muerte, juicio, infierno y gloria. Da la impresión que el paso de esta vida a la siguiente tiene cuatro escalones, cuatro espacios, cuatro situaciones. Y la cosa no es tan placentera. En principio, tenemos que pasar por la muerte, que es la hora suprema, es decir, o muy alta o la última; la última en tal caso de esta vida. Lo que es cierto, porque lo vemos en los moribundos, que agonizan cuando van a morir, tienen lo que se llama estertor, una respiración anhelosa, generalmente ronca o silbante, propia de la agonía y del coma. Algunos dirían que están haciendo una jornada, que es el tránsito del alma de esta vida a la eterna. Salió el adjetivo ‘eterno’ aplicado a la vida y contraponiendo vida cuantificada a vida sin límites. Aquí viene bien aquello de ‘partida’, que los diccionarios equiparan a muerte. Entonces se trata de comenzar un camino hacia algún sitio, de nuevo desconocido e incierto. Otros dirían que se trata de comenzar un ‘sueño’, el sueño eterno; el adjetivo eterno antes aplicado a vida y ahora a letargo; no es lo mismo vivir que dormir. Pero, en fin, algún día lo sabremos. El pensamiento tradicional entiende que la muerte es la

separación del cuerpo y el alma. El hombre es un compuesto de dos cosas, una inmaterial y otra material, que a la hora final se separan. Una queda aquí entre nosotros transformada y otra desaparece, se va. Este mundo es el depósito de la materia. Como parece que la pareja 'cuerpo/alma', algo que recuerda la dualidad platónica, estaban unidas y vinculadas, la separación es costosa, dura y dolorosa. Parece ser que es una liberación del inmaterial respecto del material, o sea, vida desatada y al fin libre. Lejos de las ataduras de un cuerpo subyugador.

Las parcas, en la mitología antigua, eran unas deidades hermanas, Cloto, Láquesis y Átropos, con figura de viejas, de las cuales la primera hilaba, la segunda devanaba y la tercera cortaba el hilo de la vida del hombre. Es decir, de forma figurada nuestra vida es un hilo hecho, convertido en madeja y finalmente cortado en manos de los dioses, que después lo utilizarían a su antojo para confeccionar otras telas; dependemos de ellos, nos sustentan y, cuando quieren, dejan de sustentarnos y nos convierten en otra cosa. Todo esto es muy duro; menos mal que es muy poético y, quizá, no sea así.

Quizá seamos animales y, como tales, nazcamos, vivamos y muramos de forma biológica, intrínseca, sin más. Que con la muerte llegue el desenlace de los lazos, la suelta de las ataduras, el acabamiento de la vida biológica de uno, el fin, término, remate o consumación de algo; que con la 'muerte' cesen o se acaben del todo ciertas cosas que desaparecen gradualmente, como un sonido, un afecto, una vida. Así equiparamos morir a expirar, echar el último aliento; los 'muertos' no dan ni aliento. Los muertos se extinguen, es decir, pierden el tacto o dejan de ser tangibles. Los muertos están fallecidos, es decir, empiezan a faltar y comienzan a errar, a alejarse de nosotros. Es el famoso 'óbito', esa palabra culta y tabuizada que empleamos para estos casos; y, cuando queremos variar, empleamos 'deceso', que recuerda al caído, al terminado, al rematado; y, si no, a la 'defunción', que habla de quien no vive, no funciona.

Cuando los médicos hablan de estos asuntos emplean tecnicismos como 'eutanasia', que es muerte sin sufrimiento físico; si hacemos una distinción, que es una forma de conocimiento, encontramos la pareja 'eutanasia activa' frente a 'eutanasia pasiva', indicadoras de la acción o la omisión que, para evitar sufrimientos a los pacientes desahuciados, acelera su muerte con su consentimiento o sin él. Entre los militares no se producen muertes, sino 'bajas', porque el soldado que muere pierde su posición erecta y cae al suelo.

A la muerte le siguen las exequias, lo que viene después, por ejemplo, las honras fúnebres del muerto, los preparativos y actos convenientes para enterrar a los muertos; porque hay que hablar ya del

‘muerto’, del sujeto paciente de este trance mortal. Él ha acabado ya, ha dejado de funcionar, ya no existe. Es un cadáver, de aspecto cadavérico, sereno, sin sufrimiento, que hay que enterrar.

A los muertos hay que dejarlos en paz. La ‘paz’ de los muertos es algo aceptado por todos. Significa que ya han dejado de sufrir afrentas de otros vivos. Aunque no es tan cierto. Hay quien desentierra a los muertos, que murmura, que descubre las faltas y defectos que tuvieron. Los hay también que enseguida se olvidan de los muertos; toman la muerte como algo natural que no ha de interrumpir el desarrollo normal de la vida, representada por el alimento por excelencia, el pan, el bollo. Así, nos quitamos el muerto de encima, nos liberamos, aunque sea de una forma no muy ortodoxa, de un problema agobiante. Otros siguiendo esta pauta de normalidad hablan de la sucesión dinástica, a un rey le sucede otro rey, y aquí no pasa nada, porque la vida sigue. Son actitudes contrapuestas: el desprecio frente al menosprecio. La honra como vida después de la muerte frente al silencio como castigo al finado molesto.

Algunos no terminan contentos de haber vivido. Han sido unos muertos de hambre, unos seres miserables y mezquinos, que han carecido de todo lo necesario, no han tenido ni donde caerse muertos, tan pobres que no tienen siquiera una cama donde morir, última y legítima aspiración de todo ser humano. Y decía el poeta que la muerte nos iguala a todos, será porque todos mueren, aunque unos mueren mejor que otros.